



# La verdad de las paredes moradas

—El rey Bloguiano desea que le pinten uno de los aposentos para huéspedes de color morado —explicó Torhec, el Manso, a los tres pintores de palacio, Mísang, Oskorn y Bersac.

—Pero ¿cómo? —preguntaron los pintores.

—¡Si solo existe pintura blanca! —agregó Bersac—. ¡Jamás hemos visto pintura color morado!

Torhec les respondió:

—Debido al gran aprecio que sienten todos los habitantes de Nog por el color morado, al bondadoso y dadivoso rey Bloguiano le agradecería conceder a todos la posibilidad de disponer de pintura morada, de manera que no solo nuestras vestimentas, sino también nuestras casas y carros puedan ser de color morado.

—¡Magnífica idea! —exclamó Mísang.

—A mí me encantaría tener paredes moradas en mi casa —dijo Oskorn—, ¿pero cómo hacemos pintura morada?

—Como saben, Lord Tray supervisa la extracción de savia morada del árbol de púrpura que utilizamos para teñir nuestras ropas. El rey Bloguiano lo ha invitado al palacio este fin de semana a discutir la necesidad de extraer una mayor cantidad de savia, de modo que haya suficiente para elaborar pintura morada —explicó Torhec.

—Su majestad desea que todos los muros de la habitación en la que se hospedará Lord Tray se pinten de morado, para que pueda apreciar lo hermoso que se ve ese color.

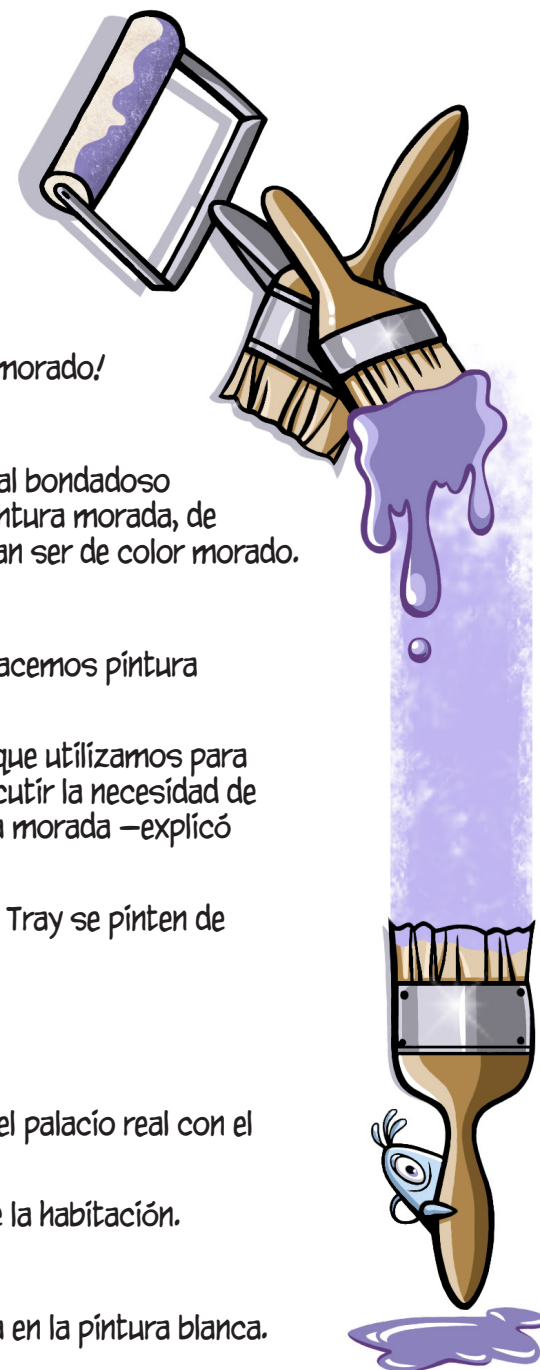


El jueves por la mañana se reunieron los tres pintores en un recinto situado al oriente del palacio real con el propósito de pintar las paredes para el huésped del rey, Lord Tray.

—Aquí tienen la pintura blanca —dijo Bersac, colocando una pesada cubeta en el piso de la habitación.

—Y ahí está la savia morada.

Oskorn sacó de su gran bolsillo un enorme frasco y comenzó a verter un poco de savia en la pintura blanca.



Al cabo de un rato, la pintura del balde era de un hermoso tono morado brillante. Los tres pintores remojaron sus respectivas brochas para comenzar a pintar. Para media tarde, todos los muros de la habitación eran de color morado brillante. Los hombres dieron un paso atrás para admirar satisfechos el fruto de su trabajo.

—El rey Bloguiano estará muy complacido —dijo Bersac.

—No lo dudo —concordó Oskorn—. Las paredes quedaron hermosas.

—Regresaré esta noche después de la cena para asegurarme de que hayan secado bien —dijo Misang. Y los tres amigos se retiraron a cenar.



Ya era de noche cuando Misang entró al cuarto. Como estaba oscuro, encendió la luz.

Dio un grito ahogado de asombro al ver que las paredes no se veían de color morado brillante como las recordaba. Es más, casi ni se notaba un ligero tono lila. Era evidente que no habían añadido suficiente savia morada a la pintura blanca. Misang salió a toda prisa a buscar a sus compañeros.

—No tenemos tiempo para volver a pintar las paredes y que se sequen antes de la llegada de Lord Tray, mañana por la mañana —expuso Misang—. Mañana, a primera hora debemos informar al rey que fracasamos en nuestra misión de pintar los muros de morado.

—Pero decepcionaremos por completo al rey Bloguiano —dijo Bersac.

Los tres amigos se quedaron estáticos por un momento, hasta que por fin Oskorn dijo:

—A lo mejor convendría que no se enterara.

Misang dio a Oskorn una mirada inquisidora.

—Pero ¿cómo no vamos a decírselo?

—Podemos asegurarnos de que las cortinas estén cerradas, de modo que el sol brille a través de ellas —sugirió Oskorn—. Así, al rey Bloguiano y a Lord Tray los muros les parecerán morados.

—Concuerdo en que eso podría dar resultado. Lo que daba un tono morado radiante a las paredes cuando nosotros las vimos era el sol, que se traslucía a través de las cortinas —dijo Bersac—. Fue eso lo que hizo que se vieran de un morado más brillante de lo que en realidad son.

—¡Pero, eso sería deshonesto! —replicó Misang—. ¡Está muy mal mentir!

—Bueno... no estaríamos mintiendo, exactamente —aclaró Bersac—. Podemos decirle al rey con franqueza que pintamos las paredes de morado. ¡A fin de cuentas eso fue exactamente lo que hicimos! Lo que sucedió es que no sabíamos que el brillo del sol a través de las cortinas resaltaba el color.

—Pero yo-yo nn-no quiero mentir —dijo Misang.

—Pues entonces, Bersac y yo nos encargaremos de explicárselo al rey —dijo Oskorn—. Tú puedes quedarte ahí sin abrir la boca.

—A mí me parece un buen plan —concordó Bersac.



—Pero ¡qué color más espectacular! ¡Qué magnífica mejora! —exclamó Lord Tray admirando los muros morados.

—Quiero que conozca a los pintores que realizaron tan exquisito trabajo —dijo el rey Bloquiario—. Le presento a Misang, Bersac y Oskorn.

—Han hecho un espléndido trabajo —dijo Lord Tray.

—¿Lo ven? —dijo Oskorn cuando el rey y Lord Tray se retiraron—. Fue de lo más fácil. Al rey Bloquiario y a Lord Tray les agradaron mucho los muros morados tal como están.

—Pero esta noche, cuando se ponga el sol y Lord Tray regrese a sus aposentos y encienda la luz, los muros ya no se verán morados —observó Misang.

—Encenderemos las luces del balcón, para que brillen a través de las cortinas —dijo Bersac.

—Algo saldrá mal —dijo Misang—. Es mejor ser sinceros. A mí me parece que deberíamos confesarle al rey nuestro error.

—¡¡NO!! —gritaron Oskorn y Bersac.

—Podríamos conectar las luces del balcón de manera que nunca se apaguen —sugirió Oskorn.

Bersac accedió, y aunque Misang



se sentía cada vez más incómodo por el rumbo que habían tomado los acontecimientos, dejó de protestar.



Esa noche, cuando Lord Tray se retiró a sus aposentos se encontró con que las luces del balcón resplandecían a través de las cortinas. Quiso apagarlas pulsando el interruptor, pero se dio cuenta de que estaba estropeado y que las luces seguían encendidas.

Lord Tray no logró conciliar el sueño en toda la noche, pues por mucho que procuraba taparse el ojo para que no lo deslumbrase la luz que se colaba a través de las cortinas, no lo conseguía. A la mañana siguiente se presentó a desayunar con el ojo rojo e hinchado.

—Veo que no pasó bien la noche —dijo el rey Bloquiario al dar los buenos días a su visita.

—Al parecer no funcionaba el interruptor, y no conseguí apagar las luces del balcón —respondió Lord Tray—. No estoy acostumbrado a dormir con tanta luz. Sin embargo, debo decir que disfruté mucho de las paredes. Me pasé la noche contemplándolas.

Después del desayuno, el rey Bloguiano mandó a llamar a los tres pintores.

—Ustedes estuvieron en la habitación de Lord Tray justo antes de que llegara. ¿Se dieron cuenta de que no podían apagarse las luces de su balcón? De ser así, ¿por qué no las mandaron arreglar? —preguntó el rey Bloguiano—. Lord Tray dijo que se pasó la noche en vela por esa luz que había quedado encendida junto a su habitación.

Mísang no decía palabra. Dejaba que sus compañeros respondieran.

Oskorn fue el primero en hablar.

—Efectivamente, notamos que el interruptor estaba roto, pero no conseguimos por ninguna parte un electricista que lo arreglara.

Bersac le siguió.

—Yo intenté repararlo, y pensé que había quedado bien.

—Es verdad —mintió Oskorn—, pensamos que funcionaba.

El rey Bloguiano se volvió hacia Mísang.

—Mísang, no has dicho nada. ¿Hay algo que quieras decirme?

Mísang no pudo quedarse callado, y para horror de sus compañeros, comenzó a explicar lo que había ocurrido en realidad con el balde de pintura morada del rey. Sus amigos quedaron cabizbajos de la vergüenza. Entonces, Mísang, Bersac y Oskorn pidieron perdón al rey por no haberle dicho antes la verdad.

—Mis queridos amigos —dijo el rey—, me apena mucho descubrir que, por encubrir un error, en lugar de decirme lo que había sucedido en realidad, me fueron deshonestos. Siempre hemos sido transparentes entre nosotros, ¿no es cierto?

—Sí, su majestad. Siempre ha sido así —respondió Mísang.

—Claro que sí —agregó Oskorn.

—Estamos muy avergonzados —agredó Bersac—. Por favor, perdónenos. Por favor díganos qué podemos hacer para arreglar las cosas.

—Para empezar —respondió el rey—, quiero que los tres le digan a Lord Tray la verdad de lo ocurrido con la pintura, y le confiesen que rompieron el interruptor para encubrir el error que habían cometido. El pobre Lord Tray se pasó toda la noche en vela.

—Y aunque sé que hoy es su día libre, esta tarde quiero que se queden a pintar de morado las paredes de otra de las habitaciones del palacio. Lord Tray podrá mudarse allí apenas se seque la pintura.

Los tres pintores fueron a disculparse con Lord Tray, quien aceptó de buen grado sus disculpas.





Esta vez, los tres pintores mezclaron una dosis triple de savia morada en la pintura, y se aseguraron de que las cortinas estuviesen abiertas. Cuando terminaron de pintar las paredes se veían de un hermoso morado brillante, aunque las cortinas estuvieran abiertas.

Lord Tray contrató más obreros para que extrajeran savia morada de los árboles. A su tiempo, todas las paredes al interior de las casas de los nogoleses eran de color morado brillante.

—¡Que viva el rey Bloguiano —exclamó el pueblo de Nog— que nos dio pintura morada!

—¡Que viva el rey Bloguiano —exclamó Misang a sus dos amigos—, pues se apiadó de nosotros!

—Y nos recordó la importancia de decir la verdad —agregó Oskorn.

—Que siempre se nos conozca por nuestra sinceridad, y que nunca más tratemos de encubrir nuestros errores con mentiras —reflexionó Bersac.

«Los que encubren sus pecados no prosperarán, pero si los confiesan y los abandonan, recibirán misericordia» (Proverbios 28:13; NTV).

Para mí fue un alivio cuando Misang dijo la verdad al rey. Es difícil encubrir la verdad con una mentira, ya que a menudo una falsedad conduce a otra.

¿Alguna vez te has visto tentado a mentir a fin de encubrir un error que has cometido? Parecería que es difícil decir la verdad, pero cuando lo hagas te sentirás aliviado y mucho más contento.

Debimos haberle confesado enseguida al rey el error que cometimos con la pintura.